

El vigilante, plantado á mi puerta, no me quitaba los ojos ni un instante; pero á pesar de eso conseguí disimular todos los objetos en mis vestidos de tal modo que no pudieran ser descubiertos en el registro á que esperaba ser sometido, y poderlos encontrar fácilmente en caso que me pudiesen servir.

Todos estos preparativos eran tan inútiles como la esperanza del náufrago que pretende salvarse en una estera de paja. Indudablemente se ejercería sobre mí rigurosa vigilancia, y toda tentativa de salvación era inútil, sobre todo en los primeros tiempos; pero en el estado de mi ánimo estos preparativos tenían la ventaja de arrancarme momentáneamente á mis pensamientos nada agradables. Sabía lo que me esperaba, veía el porvenir, los largos años de prisión. Iba á ser enterrado vivo, arrancado, por decirlo así, á la vida, y la perspectiva me espantaba. Creo que el pensamiento de la muerte me hubiera sido más dulce.

—¿De qué me sirve la vida?—me preguntaba, y la respuesta se perdía en una desesperación infinita.

## CAPÍTULO V

**Partida para Rusia en vagón de bestias.—En las prisiones de Francfort y de Berlín.—De la frontera á Petersburgo por Varsovia.**

La tarde llegó y me instalaron en un coche cerrado, al que daban escolta dos policías; se me condujo bastante lejos de la estación, y acompañado de mis guardianes me introdujeron en un vagón de bestias.

Cuando el vagón fué conducido á la estación para engancharlo al tren de viajeros, noté en el andén una agitación extraordinaria y mis guardianes se pusieron á disputar acaloradamente.

Por algunas palabras de su conversación, que pude coger al vuelo, comprendí que se acababa de detener á alguien y que este incidente no era extraño á mi persona. En efecto, varios años después supe que dos de mis camaradas fueron arrestados en la estación de Friburgo. Querían tomar el mismo tren que yo y aprovechar la ocasión que se presentaba de ayudarme á evadir; pero la tentativa fué descubierta y mis dos amigos, presos varios días en la cárcel de Friburgo, fueron desde allí enviados á Suiza.

Por la mañana llegamos á Francfort-sur-Mein.

El director del establecimiento se mostró amabilísimo, hasta servicial á mis ojos, pero esto obe-

decía á un pensamiento oculto. Le pregunté si podía enviar una tarjeta postal á mis amigos de Suiza, y me aseguró, de la manera más expresiva, que daría todas las órdenes y me proporcionaría lo necesario para escribir.

La celda á que me condujo era cómoda y daba á una calle muy concurrida, pero me impuso dos policías por compañeros, con el pretexto de que me distrajeran; después me hizo servir un excelente almuerzo, y me lo pareció más porque en los últimos tiempos mi excitación me había impedido comer nada.

Pensando que mi viaje sería largo, quise procurarme algunos libros, y este hombre complaciente se ofreció á ir á comprármelos él mismo á una tienda donde me costarían menos caros. Recuerdo que compré algunas obras clásicas alemanas y francesas y me las hizo pagar á un precio muy moderado. Finalmente, me propuso dar un paseo con él por el patio; cuando estuvimos solos, empezó á hablarme de sus propios asuntos y después me disparó á quemarropa la pregunta de si yo era el famoso Degajeff.

Me eché á reír, y la servicial amabilidad del buen hombre me apareció en aspecto diferente; comprendí por qué se mostraba tan complaciente; no sólo había aumentado algo al precio de mi comida y de mis libros, sino que esperaba alcanzar una buena recompensa si conseguía arrancarme la declaración de que yo era Degajeff, cuyo nombre se encontraba en todos los periódicos de Europa, y por cuya captura había el gobierno ruso ofrecido diez mil rublos.

Estuve en la cárcel de Francfort hasta la noche, en que tres policías sin uniforme me acompañaron á la estación. Cada vez que cambiaba de vigi-

lantes, era registrado de nuevo, pero no encontraron nada sobre mí desde antes de la salida de la prisión.

Los policías de Francfort me pusieron en las manos cadenas que no eran grandes ni pesadas y no podían verse por estar disimuladas bajo mis vestidos; sin embargo, eran suficientes para impedirme marchar de prisa y correr. Protesté con todas mis fuerzas de tal tratamiento, y me respondieron que habían recibido orden rigurosa de llevarme encadenado; mis protestas no causaron efecto y hube de resignarme.

No contentos con esto mis guardianes, uno de ellos, especie de gigante, me cogió amigablemente por el brazo al llegar al andén de la estación, otro nos precedía á algunos pasos y el tercero marchaba detrás. Se nos podía tomar por un grupo de alegres compañeros que viajaban juntos.

Nos instalamos en un vagón ordinario, donde ocupamos dos banquetas, y nuestros compañeros de camino no sospecharon que viajaban con un criminal de Estado cargado de cadenas.

Me acordaba del dicho de los aldeanos rusos que quieren expresar el ingenio de los alemanes, diciendo «que han inventado los signos».

Debo hacer notar que mis vigilantes se mostraban correctos y estrictamente severos. No me vi expuesto una sola vez á los groseros tratos de que había sido objeto en Friburgo.

Cuando las órdenes recibidas lo permitían, mostraban cierta complacencia en procurar que estuviese á gusto. Sobre el mandato de conducción que se les había dado estaba inscrito como «el pretendido Buligin», con cuyo nombre figuraría hasta que me entregasen á las autoridades rusas. Durante todo el viaje no hallé ocasión de

intentar evadirme; no me perdían de vista un segundo y observaban atentamente el menor de mis movimientos.

Ellos no se entregaban á conversar conmigo y yo no tenía tampoco la menor gana de hablar; me encontraba débil, enervado, mi pensamiento estaba adormecido y no veía ni escuchaba nada de lo que sucedía en torno mío.

—Lo que debe ser, eso será—me decía cada vez que el pensamiento del porvenir me asaltaba.

Era la reacción que se producía en mí después de la excitación nerviosa de los últimos días pasados en Friburgo.

Al día siguiente, luego que arribamos á Berlín, fui conducido á una cárcel cuyo nombre no recuerdo, aunque no he olvidado el horrible sentimiento de depresión que produjo en mi espíritu.

La celda sombría, en la cual un muro elevado enfrente no dejaba entrar más que una luz indirecta; las cabezas siniestras de los carceleros, que no miraban jamás de frente, siempre de soslayo, me daban la impresión de que los desgraciados presos condenados á pasar mucho tiempo en estos calabozos eran dignos de toda piedad.

He conocido después numerosas prisiones, tanto en Rusia como en Siberia, pero nunca jamás me he sentido tan desesperadamente triste como en esta cárcel berlinesa. Todo parecía decirme:

—Estás en Berlín, la capital del militarismo prusiano, donde una disciplina de hierro, una implacable autoridad, reglamentan las menores acciones de cada uno.

Los policías que me acompañaban desde Francfort no me perdían de vista en el calabozo, relevándose de tiempo en tiempo para darme guardia. Cierto que su sociedad no tenía para mí

nada de agradable; pero, en aquel horrible calabozo, la presencia de un sér humano contribuía á dulcificar mi desesperación sin límites.

Afortunadamente, la estancia allí fué corta, y me sentí casi dichoso cuando aquella misma tarde continué mi viaje bajo la vigilancia de los mismos individuos.

A la siguiente mañana estaríamos en Rusia.

La estación de la frontera donde debía ser entregado se llama Granitz: es una localidad situada en el punto de conjunción de los tres imperios, ruso, austriaco y alemán.

Se me había hecho dar un gran rodeo, en vez de conducirme directamente de Berlín á Petersburgo, y no creo necesario explicar que este itinerario se escogió temiendo una tentativa de evasión en la frontera. Poco tiempo antes el socialista polonés Stanislaw Mendelsohn se había escapado con ayuda de algunos amigos de la estación de Alexandrowo, en el momento que la policía prusiana iba á entregarlo á la rusa, logrando ganar la Suiza.

Recuerdo perfectamente mis sensaciones en aquellos momentos. Era un delicioso día de Mayo; el alegre sol parecía devolverme las fuerzas. Apenas dejé el vagón en compañía de mis vigilantes alemanes, fui rodeado de un grupo compacto de gendarmes rusos.

—Buenos días, señor Deutsch. ¡Al fin usted aquí! Lo hemos esperado largo tiempo.

Estas fueron las palabras con que me saludaron. Eché una ojeada en derredor mío; eran jóvenes guardias del campo con el rostro amarillo y fresco, que llevaban el execrable uniforme azul sombrío de la gendarmería.

Su acogida afectuosa me hizo sonreír, como si

se tratase de antiguos conocidos que hubiesen ido allí á saludarme.

—¿Cómo me conocéis?—les pregunté, mientras emprendía entre ellos el camino.

—¡Ah, sí nosotros lo conocemos bien; hemos oído hablar de usted mucho. ¿Quiere usted tomar el té en seguida ó sacudirse el polvo del camino?—me respondieron.

Había un extraño contraste entre la actitud de mis guardias alemanes y rusos. Los últimos me trataban simplemente, con una confianza casi amistosa.

Para los policías alemanes era un peligroso malhechor que se ocultaba con un nombre falso; seguían al pie de la letra las instrucciones recibidas, sin ocuparse del resto, y hasta tenían la esperanza de conseguir una recompensa por su servicio, según había comprendido en sus cuchicheos cuando me creían dormido.

Para los gendarmes rusos era un criminal político, un prisionero de Estado, como se dice entre nosotros, del que habían oído hablar con frecuencia, y me trataban como á un antiguo conocido.

Hacia cuatro años que dejé la Rusia, y la primera vez que oía hablar la lengua materna en mi propio país era por estos gendarmes. Cualquiera revolucionario ruso comprenderá sin esfuerzo cómo la presencia de estos gendarmes fué para mí una distracción. Si un individuo no prevenido me hubiera visto saborear el té al lado de un *samowar* humeante, bromeando con los gendarmes, creería que conversaba con camaradas ó antiguos amigos.

—¿Cómo lo ha pasado en el extranjero? Seguramente no se estará tan bien como entre nosotros—me dijeron los jóvenes.

Yo les conté como en el extranjero se está mucho mejor que en nuestra pobre patria; pero no me querían creer y la discusión fué de las más animadas.

Cuando el tema estuvo agotado pregunté á mi vez qué había de nuevo entre nosotros, y me describieron con admiración cómo la Rusia entera celebró poco tiempo antes la proclamación de la mayor edad del zarewitch.

Los policías alemanes habían entregado mis efectos y mi persona contra recibo y partieron un poco descontentos de no encontrar su recompensa, al menos en Granitza.

Algunas horas después apareció un oficial de gendarmería y dió orden á algunos de sus subordinados de aprestarse á servirme de escolta, porque debía de tomar el tren más próximo. Noté que entregaba á uno de ellos el dinero que le había sido transmitido por los policías alemanes. Saqué la cajita donde llevaba el dinero ruso y se la entregué al oficial, temiendo que me la pudieran encontrar. Pareció muy sorprendido y me preguntó si no me habían registrado en Alemania. Después ordenó reconocer mis vestidos con la más gran atención, lo que fué ejecutado de punta á punta; pero á pesar de eso no encontraron sobre mí el resto de dinero alemán ni las tijeras.

Tres gendarmes me acompañarían en mi viaje hasta Petersburgo. En Varsovia, donde llegamos de noche, me esperaba un coronel de gendarmes. Como la mayor parte de los empleados de esta arma, era muy político y amigo de conversar.

—¿Ha sido usted también complicado en el proceso de Tchigirin?—me preguntó.

Y como le respondiera afirmativamente, añadió con convicción:

—Sí; hace mucho tiempo de eso; fué cuando la sublevación de Polonia. No es asunto muy enojoso para usted.

En la época de la sublevación de Polonia yo tenía sólo ocho años. Esto prueba lo enterados que los oficiales de gendarmería están de los sucesos políticos y el conocimiento que deben poseer de sus atribuciones.

Las efusiones exteriores no le impidieron recomendar á mis guardianes la más rigurosa vigilancia.

—No le quitéis ojo; que la ventana de su compartimento esté bien cerrada; no le dejéis descender del vagón, y sobre todo no os durmáis en todo el camino—murmuraba en voz baja.

Los gendarmes no parecían preocuparse de sus recomendaciones; me trataron con los mismos miramientos que antes y no demostraban el menor temor de verme emprender la fuga.

Á nuestra llegada á Petersburgo, un capitán de gendarmería nos esperaba en la estación y fui conducido directamente en un coche cerrado á la fortaleza de Pedro y Pablo.

## CAPÍTULO VI

**La fortaleza de Pedro y Pablo.—Mi compatriota el procurador.—Un médico cruel.—Un conocimiento fugitivo.**

Una impresión extraña se apoderó de mí al verme en esta fortaleza que el gobierno del zar había hecho habilitar como prisión de Estado.

En esta fortaleza, cuyo nombre es pronunciado en Rusia con un escalofrío de espanto, se apoderaron de mí siniestros pensamientos, pero al mismo tiempo sentía cierta extraña curiosidad.

Yo sabía que en esta prisión imperaba un régimen en extremo cruel, y deseaba conocer personalmente si la realidad correspondía á las pinturas.

Apenas entré me condujeron á una pieza en la que el director de la prisión, el coronel de gendarmería Lesnik, me ordenó desnudarme completamente. Dos gendarmes me sometieron á un escrupuloso registro personal; cambiaron mis vestidos por el traje de la prisión y una especie de capote de algodón rayado como el que se lleva en los hospitales.

Mis efectos me habían sido arrebatados, y me encerraron en una celda del piso bajo.

Todo marchaba por sí solo sin el menor grito; sin una sola palabra; si no se nos hubiera dicho que los hombres vivían allí, encerrados años y

años, nos hubiéramos creído en un cementerio. Sólo el reloj rompía la monotonía del silencio, y cada hora un alegre repique tocaba el himno nacional. «¡Honor! ¡Honor á ti, zar de todas las Rusias!»

Mi calabozo era bastante grande, sombrío; la ventana se hallaba cerca del techo, y á pesar de estar en Mayo el frío era horrible; no penetraba jamás el sol, y los muros destilaban agua. Todo el mobiliario se componía de una cama de hierro guarnecida de un jergón de paja, un cojín y una ligera manta de algodón, una mesa de hierro y una tabla adosadas al muro, y por último, una cubeta que exhalaba un insoportable olor.

Desde las tres de la tarde se estaba en las tinieblas, á pesar de que en esta época del año Petersburgo goza de esas *noches blancas* durante las cuales no hay jamás sombra; pero lo más insoportable de todo era el frío; el estado y situación del calabozo hacía inútiles los vestidos para calentarse. Recorría los cien pasos que separaban un rincón del otro, hasta que me rendía la fatiga; mas apenas me dejaba caer algunos minutos en el lecho, el frío me hacía tiritar bajo la manta, de una ligereza diáfana.

El alimento consistía en un pedazo de pan de munición de cerca de dos libras; á medio día se servían dos platos, que no eran malos, pero escasos y siempre fríos, pues había que traerlos de muy lejos.

Yo no era un sentenciado y hubiera podido procurarme algún suplemento con mis recursos, lo que me fué imposible durante largo tiempo, porque los gendarmes habían entregado mi equipaje y mi dinero al oficial de gendarmes, y éste los depositó en el departamento de la policía. Lo

más penoso para mí fué que se habían llevado los anteojos y no podía leer, cosa que se concede de ordinario á los simples prisioneros. Los días y las noches me parecían interminables.

Reuní todos mis esfuerzos para encontrar una ocupación; combinaba problemas de aritmética y los resolvía de memoria; me contaba á mí mismo historias y recuerdos, y buscaba la manera de hacer mi diario, pero la materia quedó bien pronto agotada. Me fué imposible hallar ocupación para el día; de noche estaba siempre despierto; el frío no me dejaba dormir. Pasaba el tiempo en ir y venir de un extremo á otro de mi celda como una fiera en su jaula.

Los paseos no introducían ninguna distracción en la monotonía de mi existencia; tenían lugar cada dos días y eran de corta duración, un cuarto de hora apenas, comprendido el tiempo necesario para vestirme y desnudarme, pues me llevaban mis ropas para ellos. El lugar de paseo se hallaba rodeado de muros muy altos, y sólo podían verse gendarmes y centinelas. Toda conversación con los gendarmes de servicio estaba rigurosamente prohibida. Inútil hacerles la menor pregunta; por toda respuesta miraban con ojos severos y guardaban silencio.

Al cabo de algunos días descubrí una ocupación; me pareció percibir un ligero golpe contra el muro no lejos de mi celda. Como había estado preso algunos años antes, aprendí á servirme de este modo de conversar por medio de un alfabeto convenido. Es imposible imaginar mi alegría cuando conocí este ruido, que esperaba utilizar.

Pero me engañé. Cuando respondí golpeando contra el muro de mi calabozo, conocí que se trataba de dos amigos que conversaban y no querían

responder á mi tentativa de mezclarme en su conversación.

Esta practica está rigurosamente prohibida en las cárceles, y los dos amigos no querían introducir en su intimidad á un desconocido, pensando que pudiera venderles. Me contenté con escuchar lo que se decían el uno al otro en sus cortos diálogos; eran frases estereotipadas que repetían constantemente.

—Buenos días; ¿has dormido bien? ¿Qué haces ahora?

El otro respondía:

—Buenos días, bien. Tomo té.

Aunque estas frases fuesen tan insignificantes, yo sentía envidia de los que las cambiaban. No he sabido jamás si eran dos hombres ó un hombre y una mujer.

Ocho ó diez días transcurrieron, no lo sé cierto, antes de ser interrogado por primera vez. Desde mi llegada á Rusia no había sufrido interrogatorio ni me preguntaron siquiera mi nombre; había pasado de una mano á otra como un paquete postal, sin interesar á nadie mi personalidad. Los gendarmes parecían saber que yo me daba el nombre de Buligin, cuando en realidad me llamaba Deutsch; en cuanto á mi delito, no conocían nada ni les importaba.

En la fortaleza de Pedro y Pablo no había necesidad de nombre; se hablaba siempre de una manera impersonal, en el caso de que se hablase, pues todos se comprendían por simples gestos.

\*  
\* \*

Una mañana me llevaron mis vestidos. Creí que se trataba del paseo habitual, pero me condu-

jeon á una sala donde tres caballeros, en trajes de funcionarios de justicia, estaban sentados alrededor de una mesa cubierta de paño azul. Se me hizo sentar y uno de ellos me dijo que era M. Oltchaninoff, juez de instrucción en la Audiencia de Petersburgo para los asuntos especialmente graves; en seguida me presentó otro de los asistentes, M. Mourawjeff, como procurador, pero no me dijo el nombre del tercero.

El interrogatorio comienza; me preguntaron mi nombre y algunos pequeños detalles; yo respondí inmediatamente la verdad. Sabía que no me quedaba nada que perder ni esperar.

Hice un relato exacto del atentado contra Gorinowitch, y, como es natural, no di los nombres de los que habían tomado parte en el hecho de que me acusaban.

Estaba convencido de que nadie me podría ayudar, y si contaba la verdad toda entera era porque los otros comprometidos habían sido juzgados cinco años antes.

Durante el interrogatorio, que dirigía el juez de instrucción, el funcionario cuyo nombre no conocía me hizo también diversas preguntas.

Yo le reconocí al cabo; le había visto en Kiew, donde en 1877 había representado un gran papel en mi proceso. Se llamaba Kotljarewski. En aquella época era sustituto del procurador; ahora desempeñaba el mismo cargo en la Audiencia de Petersburgo, donde estaba especialmente encargado de instruir los procesos políticos. Este hombre tenía entre los revolucionarios la peor fama, y había sido objeto de un atentado de parte de Osinski y de sus compañeros, en Febrero de 1878. Yo fui casi dichoso de encontrarlo en la fortaleza de Pedro y Pablo. Era, al menos, un rostro cono-

cido, uno de mis compatriotas de Kiew. El pareció mirarme con alguna amistad, y entablamos una conversación, contándonos los acontecimientos de nuestra vida durante los últimos años.

Entretanto el juez de instrucción redactaba el proceso verbal y pudimos conversar nosotros libremente.

El notó que había cambiado mucho desde nuestra última entrevista.

—No sólo ha cambiado usted físicamente—me dijo;—su carácter parece también haberse modificado de un modo considerable.

Tenía razón. Kotljarski era famoso por la penetración de su espíritu y por la tenacidad; en los procesos políticos sabía emplear á maravilla estas facultades.

—¿Dónde está aquel cerebro ardiente que usted tenía otras veces? Un día casi me arroja un tintero á la cabeza...

Yo recordé en efecto este acontecimiento y le hice notar la causa que lo había motivado.

Durante mi detención en Kiew, estaba en un estado de violenta excitación nerviosa, porque pertenecía á la sociedad de las *Buntari*, que tenía en su programa la protesta y perpetua oposición á todo lo que representase autoridad.

Kotljarewski y yo tuvimos un día una acalorada disputa. Yo rehusé obstinadamente firmar un proceso verbal que había escrito. En el colmo de la cólera cogí un tintero y estaba pronto á arrojárselo á la cara si no me dejaba en paz. Adivinó mi intención, pero supo conservar la calma; llamó á un carcelero, le dijo algunas palabras al oído; cuando el hombre se hubo alejado, yo creí que había ido á llamar al guardián para conducirme á prisión.

Juzgad mi sorpresa y mi alegría cuando algunos minutos después la puerta del gabinete se abrió y mi amigo Stefanowitch apareció en el dintel; estaba en la misma prisión que yo, sin que lo hubiésemos sabido. Cruzamos una mirada llena de alegre sorpresa.

—Tenga usted la bondad de llamar á su compañero á la razón—dijo Kotljarewski volviéndose hacia Stefanowitch;—sus nervios parecían terriblemente excitados.

Pude así apreciar la amabilidad de este hombre, que en la prisión de Kiew me había tratado como un cumplido caballero; el encontrarlo de nuevo me causaba placer. En el curso de la conversación, le manifesté mi extrañeza por estar encerrado en la prisión Pedro y Pablo como un criminal de Estado, cuando había sido enviado desde Alemania como un malhechor de derecho común; no comprendía tampoco por qué había sido enviado á Petersburgo, estando acusado de un atentado en Odesa, y conforme á la ley, el proceso debía tener lugar donde el crimen se había cometido.

Kotljarewski no me respondió nada á esto. Me ofreció hablar con M. Plehwe, director del departamento de policía, para que me autorizasen á alimentarme por mi cuenta en la prisión.

Al poco tiempo el coronel Lesnik me hizo conducir á una celda mucho más confortable en el primer piso y me trató con mayores miramientos.

Dos días después de este interrogatorio se me comunicó que mi dinero y mis efectos habían sido enviados del departamento de policía y que estaba autorizado á proporcionarme alimentos y tabaco. Lo que me causó gran alegría fué el pensamiento de que me darían mis anteojos; era preciso para

esto una orden del médico de la prisión. Este no tardó en venir. Era un viejo de sesenta á setenta años, y tenía reputación de hombre rudo y brutal; no tardé en tener la prueba. De un tirón me abrió los párpados con los dedos y me miró con aire amenazante las pupilas, diciendo que mi vista era absolutamente normal y no necesitaba anteojos.

En realidad, y en opinión de los más célebres oculistas, padezco una afección particular á los ojos, y desde la edad de diez y ocho años no puedo leer sin gafas.

La negativa del médico excitó mi cólera y mi desesperación; estaba próximo á prorrumpir en maldiciones y apenas me podía contener.

—Le suplico, doctor, que se fije; usted se equivoca sin duda; yo no puedo leer una línea en un libro sin gafas—le dije.—Me condena usted á la más terrible tortura y me priva de la única distracción que puedo tener.

Todo fué inútil. El hombre era inalterable y repetía como un imbécil las mismas palabras.

—No, no; usted no tiene necesidad de anteojos.

Viéndolo alejarse, cerré los puños presa de violenta cólera.

¿Qué hacer? Era preciso resignarse. Pero cada vez que pensaba en el papel de atormentador representado por el médico sentía arder mi sangre.

Me quedaba por único consuelo el cigarrillo; él fué mi amigo y mi compañero en la soledad; fumar es el más precioso de los placeres para los prisioneros; se sienten así menos solos, menos abandonados.

Mis días continuaron transcurriendo en una inactividad abrumadora; una mañana llegaron á mi oído unos ruidos; se golpeaba contra una de

las paredes de la celda. ¿Era por mí? Respondí con los signos convenidos por medio de golpes en el muro. ¡Sí! ¡Era por mí! ¡Qué alegria! ¡Iba á escuchar el nombre de un compañero! ¡Iba á cambiar pensamientos con un hombre!

—¿Quién es usted? ¿En qué proceso está complicado?—me preguntaba con signos.

Tomé el peine, único objeto portátil y un poco duro que poseía en la prisión, y golpeé contra la pared las letras de mi nombre. Mi interlocutor pareció sorprendido.

—¿Cómo está usted aquí?—me preguntó.

—Y usted, ¿quién es?—le repuse.

—Kobiljanski—me dijo.

Yo quedé también sorprendido de encontrarlo allí; no lo conocía personalmente, pero sabía que después de ciertos golpes de mano de los terroristas, había sido en 1880 condenado á trabajos forzados perpetuos y deportado hacia largo tiempo ya á las minas de Siberia, á las orillas del Kara. ¿Cómo se encontraba en la fortaleza de Pedro y Pablo?

Ardiendo en deseos de saber, y él también impaciente por conocer cuanto á mí se refería, empecé á contarle lo sucedido, pero no había llegado á la mitad de la narración, cuando fuí interrumpido con estas palabras:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Golpea usted los muros!

Miré sobresaltado á mi alrededor. El coronel Lesnik, rodeado de gendarmes, estaba dentro de mi celda.

Se me espiaba; habían abierto la puerta dulcemente y me sorprendieron. No podía negar; me cogían *in fraganti* delito.

—Sepa usted de una vez para siempre—me dijo el coronel—que si vuelve á hacerlo será conduci-

do de nuevo á su celda del piso bajo y privado de la autorización de fumar y pasear en el patio.

Diciendo esto desapareció.

Yo estaba en la triste situación de un muchacho cogido en falta. Estaba prohibido golpear el muro; pero experimentaba la necesidad de hablar, propia de los hombres, y me veía forzado á renunciar á la esperanza de saber por qué Kobiljanski había vuelto de Siberia.

Poco tiempo después de este acontecimiento, á una hora desacostumbrada, me trajeron mis vestidos. Creí que se trataba de un nuevo interrogatorio, pero vi aparecer al capitán de gendarmes que me acompañó de la estación á la fortaleza, y que mis maletas estaban preparadas.

—¿Vamos á Odesa?—pregunté.

El oficial no respondió nada.

—Me conducen á la estación—pensé yo, al encontrarme en el coche en compañía del capitán.

Este paseo se verificaba precisamente en una de esas *noches blancas* de Petersburgo, en las que es imposible distinguir si anochece ó aclara el alba. El tiempo era espléndido; me sentía halagado con la idea del viaje á Odesa. Pero el coche no tomó el camino de la estación y emprendió una dirección contraria.

Algunos minutos después nos encontrábamos en el patio de un gran edificio; era la prisión preventiva.

## CAPÍTULO VII

**Una prisión con nuevo reglamento.—Un plan que fracasa.  
—Visita del ministro.—Secreto de Estado.—Un escritor  
como vecino de celda.**

Cuando el oficial de gendarmería me entregó en manos del director de la prisión, le mostró con el dedo un detalle escrito sobre el mandamiento de depósito. El funcionario fijó sobre mí la mirada penetrante; era evidente que se le recomendaba la mayor vigilancia á causa de mis antiguas evasiones.

Conocí en seguida que el reglamento de esta prisión era menos severo. Mis objetos personales fueron colocados en mi celda después de un nuevo registro, que se hizo delante de mí; cuando me quedé solo, miré si habían encontrado el dinero y las tijeras que tenía ocultos; á pesar de las rigurosas pesquisas hechas en la fortaleza y aquí, no las habían descubierto. Dejé las tijeras y resolví cambiar una parte de mis billetes alemanes para tener á mi disposición algún dinero. Pero la cosa no era fácil.

Comencé por observar á mis guardianes; había tres en el corredor sobre el cual daba mi celda. El más abordable me pareció ser el que había reconocido mis efectos, y resolví dirigirme á él.